

Quedó mondo y liso como la chucazuela de mi rodilla; y vi que se reía á furto. — Socarrón nos es su reverenda, tornó á decir D. Quijote. Mondo y liso..... Pero no será como la chucazuela, sino como la choquezuela de tu rodilla, si á dicha no tienes cerdas en ella, como las tienes en la lengua. ¿Conque se rió á furto? Para lo que tiene que llorar, poco será cuanto se pueda reir. Espera, Sancho, y verás cosas de las que no suceden todos los días.»



CAPITULO XIII

QUE TRATA DE LA MARAVILLOSA ASCENSIÓN DE D. QUIJOTE
Y DEL PALACIO ENCANTADO DONDE IMAGINÓ HALLAR Á SU SEÑORA DULCINEA

Después de media hora de toser y hablar á intervalos, sintió D. Quijote que subía con lecho y todo, en términos que, si él fuera hombre capaz de asustarse alguna vez, hubiera dado al traste con la serenidad de su ánimo. «¿Adónde me llevan, Sancho?, dijo. Ven, y ve cómo te ases á las patas de esta máquina; cuélgate de ella, y no dejes que me arrebaten á las nubes.» Oyendo hablar á su amo en las regiones superiores de la estancia, se puso á crujir de dientes el infelice Sancho, y aun pensó que subía él mismo por arte de encantamiento. «Sr. D. Quijote, respondió, juntos hemos llevado los palos y juntos hemos comido el pan de las aventuras; mire no me deje ir á caer en los abismos. — ¿Luego á tu vez estás subiendo?, preguntó D. Quijote; pellízcate, á ver si eres tú mismo; sacúdete por los cabellos por si no sea el tuyo más que un sueño. En cuanto á mí, me hallo ya muy arriba. ¿Quién sabe si al fin ha resuelto protegerme la sabia encantadora á cuyo cargo estaba mi destino? Ésta no es obra de enemigos, Sancho; suavemente voy subiendo y blandamente se me lleva. Como de estas cosas, suceden en el mundo de la caballería. La sabia Belonia se sirvió muchas veces del castillo de la Fama, para cargar en él por los aires con los caballeros á quienes protegía; y en una noche transpuso á D. Be-

lianís de Grecia de Persépolis á las montañas de Necaón. Si haces un poco de memoria, hallarás que Hipermea dió una prueba clásica de su poder, llevándose al emperador Arquelao de la prisión donde le tenían sus enemigos. ¿Qué mucho que igual prueba de amor me quiera dar á mí ésta, ó cualquiera que sea la encantadora que ha tomado por su cuenta mi fortuna? Por mí no te inquietes, Sancho, y deja correr el influjo de las estrellas. Si andamos siempre hurtando el cuerpo, mal podremos acometer aventura que valga. Según anda este carrocín alado en que me llevan, no tardaré en llegar á alguna apartada montaña, á un alcázar donde me está esperando mi señora Dulcinea, conducida allá por un medio no menos maravilloso. — ¿Las mágicas ó hadas, Sr. D. Quijote, preguntó Sancho, tienen en su ministerio la dependencia de urdir voluntades? ¿Digo si les es lícito echacorvear en pro de los caballeros y las doncellas andantes, resulte lo que resultare, ó son casamenteras de ley que urden sus trazas en haz y paz de nuestra santa madre Iglesia? — Las mágicas ó hadas, respondió D. Quijote, son honestas por la mayor parte; y la que toman en los amores de sus protegidos, raras veces va fuera de un noble y justo propósito. Día llegará en que yo te haga palpar las entradas y salidas de este negocio. Dado y no concedido que tus razones estuvieren fundadas en la buena fe, todavía pudiera yo responder á ellas de modo que tocases con la mano la necedad de tus preguntas. La sabia Hipermea, Belonia, Urganda la desconocida, no pueden entrar en docena con la madre Celestina. Ándate á la mano, Sancho, en las travesuras de tu buen humor; que harto se me alcanza el hito adonde echas tus pasadores. — Sácame de aquí y degüéllame allí, replicó Sancho: vuesa merced no me perdona la vida el lunes sino para quitármela el martes. Sepa, Sr. D. Quijote, que lo que tengo es miedo; si bien no acabo de persuadirme de que vuesa merced ande ya tan arriba como piensa. Si llegare á esa montaña, será servido decir á mi señora Dulcinea que su escudero Sancho Panza le besa los pies. — Cumpliré, Sancho, en deparándome la suerte el encontrarla. ¿Ó sucede más bien que

los espíritus eternos quieren sacarme en vida de este mundo? Enoc fué arrebatado milagrosamente de la tierra que no era digna de poseerle. De no ser una de estas cosas, ¿qué significa esta ascensión extraordinaria? Nada hagas para detenerme; ni obrarías en mi servicio con salirme al camino en esta deliciosa carrera. — La sangre me hormiguea por el cuerpo como si me estuvieran picando gusanitos, Sr. D. Quijote; y sería bien nos callásemos, por si en esta consistiere nuestra salvación. — Mientras te hallas á mi lado, dijo D. Quijote, nada temas: por experiencia sabes si soy ó no capaz de sacarte de los cuernos del toro. — Lo que es esta noche, respondió Sancho, más me hiciera al caso la protección de la Virgen y los santos; pero la memoria me niega alguna de las oraciones que cuadraran á la necesidad. ¿Saldría bien la de San Cristóbal? — Si la plegaria te sale del corazón, respondió D. Quijote, cualquiera te aprovechará; si bien las diligencias del miedo no son, ni las más convenientes para con el mundo, ni las más eficaces para con el cielo. Di con todo esa oración: de pecar por corto, vale más pecar por largo. — ¿Piensa vuesa merced que encaja bien aquí la de ese santo?, preguntó el escudero. — Todo puede ser, amigo; como no la sé, no puedo decirte el grado de favor que con ella alcanzarías. Echa tu jácara y veremos sus efectos.

— «Cabecita, cabecita,
Tente en ti, no te resbales
Y apareja dos quintales
De la paciencia bendita.»

— Sancho maldito, dijo D. Quijote, este es un conjuro, y de los más virtuales, que usan las brujas en sus trapacerías. ¿Quién te mete á pronunciar palabras tan siniestras? No debían de serlo tanto, pues como los pillos de los monigotes se hubiesen partido, encantamientos, porrazos, narigadas, estornutatorias, todo cesó; y poco á poco Sancho Panza fué tranquilizándose, cogió el sueño, y bonitamente se durmió para toda la noche con grandísimo sosiego. Al verse solo D. Quijote, se entregó en cuerpo

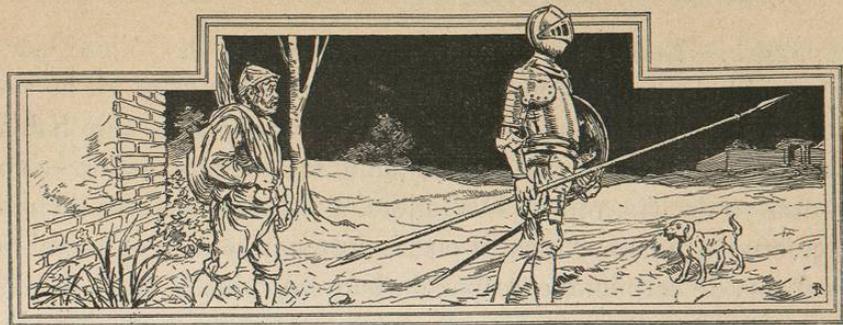
y alma á su locura, y fué para él cierto y muy cierto que su maga protectora le estaba llevando por los aires á un palacio encantado, donde le esperaba su señora Dulcinea. «Leandro, decía para sí, dejó la vida en el Helesponto, después de haber nadado cinco leguas por no faltar á la cita de su querida Hero: Medoro se expuso á la cólera de Rolando por el amor de Angélica. Gaiferos, el tierno y constante D. Gaiferos,

«Tres años anduvo triste
Por los montes y los valles
Trayendo los pies descalzos,
Las uñas chorreando sangre,»

de puro buscar á Melisendra. ¿Y qué hizo Avindarráez por su mora Jarifa? ¿Y qué Diego Marcilla por la hermosa doña Isabel? ¿No cayó ese apasionado moro en manos del alcaide de Antequera, cuando á media noche se iba en alas del amor desde Cartama hasta Coín? ¿Pues qué no hará este buen caballero D. Quijote por la sin par Dulcinea?»

Ora se hubiese dormido y soñase de un modo conforme á sus deseos, ora la fuerza de su desvariada fantasía le presentase sus quimeras con aspecto de cosas reales, lo cierto es que D. Quijote creyó haber llegado á la presencia de su dama, y como ella manifestase algún recelo de su dueño y señor, éste, para infundir confianza en ella, iba diciendo: «¡Oh dichoso Lanzarote! ¡Oh infelice Ginebra! ¡Oh Amadís triunfante! ¡Oh bella Oriana perdida!... Muchas veces, señora mía, en una hora cae por el suelo toda una vida de continencia y virtud, y de una dulce imprudencia suelen dimanar desdichas sin cuento. Pero vos, señora, no hayáis temor; porque si no soy menos enamorado y aventurero que Lanzarote y Amadís, soy más fuerte y respetuoso que ellos, y vos no correréis la mala fortuna de Oriana y Ginebra.»

Era en D. Quijote tan subido el punto de honra como el valor; y de estas y otras virtudes formaba su nobleza, de tal suerte que, sin la locura, hubiera sido verdaderamente el espejo de la caballería.



CAPITULO XIV

DE LA ENTREVISTA QUE EL ENAMORADO D. QUIJOTE
CREYÓ HABER TENIDO CON SU DAMA

No dejó de admirarse D. Quijote cuando á la luz del día, que en largos rayos entraba por las rendijas de la puerta, se vió trincado al maderamen del aposento, que no tenía cielo raso, no á más de tres varas sobre el suelo, habiendo pensado hallarse en un palacio como el de la fada Morgaina ó en el de la encantadora Melisa. A poco se cimbrió la tarima, y aflojadas las sogas con gran ruido de poleas, bajó rápidamente á tierra. Abrióse la puerta de par en par, lo cual era ponerla franca y prevenir á los huéspedes que era tiempo de largarse. Mas por entonces no tenían éstos mucha prisa, y principió D. Quijote su discurso matinal en los términos siguientes: «Pláceme hacer-te relación de lo que me ha sucedido esta noche: la vi, Sancho, aspiré su aliento, me inebrié con las suaves y puras exhalaciones que toda ella despide como una planta del Indo ó del país sabeo. ¿Cómo ponderar el conjunto de gracias que adornan su persona? ¿Cómo encarecer las sales de su espíritu? ¡Oh Sancho! Si antes de conocerla era yo su enamorado, mira lo que debo ser ahora que la conozco. — Dígame vuesa merced, preguntó Sancho, ¿se contentó con verla y aspirarla? O no estuvieron solos vuestas mercedes, ó el diablo andaba lejos de allí en cosa de más importancia. — Solos, Sancho, solos como Adán y Eva en

el paraíso. — Luego no estuvieron tan solos, Sr. D. Quijote, porque allí hubo un tercero que todo lo echó á perder. Si la señora estaba tan zalamera como vuesa merced dice, algo había en la trastienda. Can que mucho lame, saca sangre, señor. — No podría yo decirte, repuso D. Quijote, si estuvimos libres de una inquietud gratisima; mas sí puedo sostener que ni el enemigo en forma de serpiente es capaz de batir en ruina el muro de pudor y vergüenza que se levanta entre esa señora y yo. Amadís de Gaula pagó el tributo á la flaqueza, es verdad, cuando tuvo encerrada á la sin par Oriana en el castillo de Miraflores; pero lo puesto en razón es que imitemos las virtudes y desechemos los desvíos del modelo que sirve de norma á nuestras acciones. Si supieras que Roldán, Reinaldos de Montalbán y otros famosos caballeros pasaron á mejor vida sin haber perdido la inocencia, no me preguntaras lo que me preguntas. — La ocasión es calva, tornó Sancho á decir; y más vale un toma que dos te daré. Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla. Debo no rompe panza, Sr. D. Quijote. Oblíguela vuesa merced con uno de éstos á buena cuenta que soyugan á las mujeres y las tienen blanditas hasta cuando se las corona emperatrices. Quien adama á la doncella, el alma trae en pena: vuesa merced está consumiéndose de aprensivo, con detrimento de su propia salud y conciencia. — ¡Por vida de Barrabás!, dijo D. Quijote, ensartas iniquidades que, si no fueran parto de tu sandez, te había yo de castigar tan ejecutiva como rigurosamente. ¿Qué á buena cuenta dices, libertino? El que procura gozar de un derecho que aún no ha adquirido, ha traspasado ya las leyes del deber. Tiempo oportuno en todo es el que llega por sus pasos. Con lo que es mío me ayude Dios: mis gustos son mis esperanzas; mis triunfos, los que obtengo sobre mis pasiones. Y pues no entiendes sino de refranes, paga adelantada, paga viciosa. — Al buen pagador no le duelen prendas, replicó Sancho. En siendo vuesa merced rey ó arzobispo, ¿quién le impedirá que alargue la mano y diga: toma, hija, ya eres mi mujer, y ve si soy de los que dicen lo comido por lo servido? Pero muera la gallina con su

pepita, que yo no he de vivir llorando males ajenos. Como he oído que la mujer de más provecho es la que da más hijos al reino, me pareció que mi señora Dulcinea, siendo tan principal en todo, no debía ser para menos en ese requisito. — Requisito vendrá de queso, dijo D. Quijote; aunque yo no conozco sino quesosones. En lo tocante al punto mismo de la cuestión, sé decir al Sr. Panza que ya le llegará su vez á esa señora, y entonces será el preguntarle si á ella le había faltado lo que dice. Tú sabes que de Perión de Gaula nacieron tres famosos caballeros, y que de Amadís, uno de estos tres, derivó una larga sucesión de andantes. Siendo yo tan buen enamorado y tan buen caballero como Amadís, no he menester me andes recordando el tener hijos. En manos está el pandero, que lo sabrán bien tañer; y no digas mal del año hasta que sea pasado. Ya verás algún día si me siento á la mesa con mis cincuenta hijos, cual otro Príamo, y si Dulcinea le pide favor á Hécuba. Mas de tenerlos naturales no me hables, y mucho menos espurios.»

«¡Señores huéspedes!, gritó el dueño de casa mostrándose de súbito, el día está inmejorable para camino. Harán mal vuestas mercedes si desperdician la mañana.» D. Quijote advirtió al punto la intención de ese canalla, y dijo: «No le toca al dueño de casa dar estos avisos: la hospitalidad tiene aprensiones que han de ser respetadas como virtudes. En el que la ofrece ha de haber delicadeza; en el que la busca ó la acepta, agradecimiento. Sin bondad ni decoro, la hospitalidad bastardea y viene á ser cosa digna de vituperio. Sé deciros que es todavía más reprehensible la manera alevosa de que usáis conmigo, que si á palos me echaseis fuera. — No ha sido por despachar á vuesa merced, respondió el monigote; guárdeme Dios de semejante indignidad: como el día promete ser tan bueno, y como mañana ha de llover, me pareció oportuno hacerlo notar al Sr. D. Quijote. — Indignidad, repuso el caballero; habéis dado con el término propio. Indigno es el que tiene por carga y molestia una de las más nobles y fáciles virtudes; indigno el que se juzga arruinado con el consumo de una persona en dos días; indigno

el que se respeta así tan poco que, ni por la consideración que se debe á sí mismo, huye de hacer á los demás esos ruines agravios, que no envilecen á quien los recibe, sino á quien los irroga. El pundonor, la decencia y hasta el orgullo nos obligan á usar de miramientos con el forastero que nos hace el favor de llamar á nuestras puertas. Vámonos, Sancho; que donde la envidia se vale de la infamia para hostilizarnos, estamos mal y muy mal alojados.» Sacudióse el clérigo y dijo: «Ni hubiéramos deseado la llegada, ni nos afligirá la partida de pécoras como vosotros.» Echó mano por su lanza D. Quijote, y dió tras el monacillo, el cual hasta ahora está corriendo. Perdida la esperanza de alcanzarle, volvió, se vistió de sus armas defensivas, y alto el morrión, baja la visera, pendiente del talabarte la espada, el lanzón en la mano, salió seguido de su escudero á despedirse del cura y montar á caballo.



CAPÍTULO XV

DE LA CONVERSACIÓN QUE CABALLERO Y ESCUDERO IBAN SOSTENIENDO
MIENTRAS CAMINABAN

Puestos en camino, sintió Sancho que se le refrescaba el pecho y que toda su parte moral se le bañaba en un fluido vivificador, con esos movimientos súbitos de felicidad que de tarde en tarde suelen favorecer misteriosamente hasta al hombre más infortunado: tanto como esto puede la naturaleza cuando ejerce su amable prestigio por medio de un cielo límpido, nubes purpurinas y doradas puestas sobre el horizonte como decoración del mundo; atmósfera benigna, aire tibio, sierras oscuras que asombran los valles, colinas alegres, prados floridos, todos los toques de hermosura con que esa grande seductora cautiva sin pensarlo aun á los que no la comprenden. «Si saliere fallida la esperanza del condado que vuesa merced me tiene prometido, dijo Sancho en tono de buen humor, ¿no pudiera yo venir á ser cardenal, ó por lo menos obispo? — Por nuestra carrera no llegamos al capelo, respondió D. Quijote, ni aun á la tiara. Tanto como eso no presumas, ni levantes la ambición más arriba de lo verosímil. Halagüeñas son las esperanzas que infunden las cosas posibles: tan alto picas á las veces, que das en visionario. Si estás lejos de la púrpura cardenalicia, te hallas á un paso de otra fortuna. — ¿Habrás por si acaso vuesa merced resuelto hacerme duque?, preguntó Sancho. — De Sabioneta ó de Alburquerque»